

los, y á lo que deseaban mi sofisticada pereza y mi capciosa hipocresía.

De este modo salí de Burgos, no habiendo visto más que monumentos, cicerones y soldados, porque las castellanas, temerosas de la lluvia, no habían tenido valor para aventurar sus diminutos pies por los arroyos de sus calles. Efecto sin duda de ello, me quedó de aquella ciudad un recuerdo casi triste, á pesar de la pompa de sus colores y de la magnificencia de su Catedral.

De Burgos á Valladolid, la campiña se parece mucho á la que se contempla desde Zaragoza á Miranda. Vense también vastas y despobladas llanuras, fajas de colinas bermejas; arenales solitarios, muchos, inundados de luz ardiente, que transportan la imaginación á los desiertos de Africa, á la vida contemplativa, al cielo, al infinito, dejando en el corazón un sentimiento inexplicable de cansancio y melancolía.

Entre aquellas llanuras, en aquella soledad, en aquel silencio, se comprende la naturaleza mística del pueblo castellano, la ardiente fe de sus reyes, la sagrada inspiración de sus poetas, los éxtasis divinos de sus santos, sus grandiosos templos, sus magníficos claustros y su brillante historia.

## IV

## VALLADOLID

Valladolid «la rica», según la llama Quevedo, famosa dispensadora de resfriados, era de las ciudades situadas al norte del Tajo, la que con más afán deseaba yo visitar, por más que supiera que no encerraba grandes monumentos artísticos, ni cosa alguna notable de la época moderna.

Sentía una simpatía especial hacia su nombre, su historia y el carácter, que me había imaginado á mi manera, de sus habitantes. Parecíame que había de ser una ciudad noble, alegre y estudiosa: y no podía pensar en sus calles sin que viese pasear por ellas á Góngora, Cervantes, Leonardo de Argensola y demás poetas, historiadores y sabios que vivían allí cuando era corte espléndida de la monarquía.

Y al pensar en la corte, veía en las espaciosas plazas de mi simpática ciudad un confuso movimiento de procesiones sagradas, de corridas de toros, de fiestas militares, de máscaras, de bailes: toda la algarabía de las fiestas celebradas por el nacimiento de Felipe IV, y la llegada del almirante inglés con su cortejo de seiscientos caballeros, hasta el último banquete con sus famosos mil doscientos platos de carne, sin contar los que no se sirvieron, dando crédito á la tradición popular.

Llegué de noche; entré en la primera fonda que

me deparó la fortuna y me dormí con la idea agradable de que despertaría en una ciudad desconocida.

Y despertar en una ciudad desconocida, cuando uno se encuentra en ella por su propio gusto, produce en verdad un placer vivísimo. Pensar que desde que saldréis de casa hasta que ya de noche volveréis á ella, no haréis más que ir pasando de curiosidad en curiosidad, de satisfacción en satisfacción; que todo lo que veréis se os aparecerá nuevo, que á cada paso conoceréis alguna cosa, y que cada cosa quedará guardada en vuestra memoria por toda la vida: que seréis, durante todo el día, libre como el aire y os sentiréis alegres como los pájaros, recordando del mundo sólo aquello que pueda divertirlos; que al divertirlos, trabajaréis por la salud del cuerpo, del alma y de la inteligencia, que el término, por fin, de todos esos placeres, en vez de dejaros algún rastro melancólico, como la noche de un día de fiesta, no será más que el principio de otra serie de placeres que os acompañarán de aquella ciudad hasta otra, y desde ésta á una tercera, y así continuando paso á paso, por un espacio de tiempo, al cual la fantasía se complace en no poner límite. Todos estos pensamientos, digo que en tropel os acuden á la mente en cuanto abris los ojos; os producen tal sacudida de placer, que sin advertirlo, os encontráis en mitad de la calle con el sombrero puesto y la «Guía» entre las manos.

Vamos, pues, á gozar de Valladolid. ¡Infeliz de mí! ¡Cuán cambiada desde los hermosos días de Felipe III! La población, que un día fué de cien mil almas, queda reducida ahora á veinte mil. Prestan alguna vida á las calles principales los estudiantes de la Universidad y los viajeros de paso para Madrid; las demás, solitarias y muertas.

Es una ciudad que produce el efecto de un gran palacio adornado, en el cual se vieran todavía algunos restos de bajo-relieves dorados y mosaicos, y en la sala del centro alguna familia de gente infeliz, á la cual inspira melancolía la so-

litaria grandiosidad del edificio. Muchas y espaciosas plazas, algún antiguo palacio, casas arruinadas, conventos vacíos, y largas calles desiertas y musgosas; en una palabra, el aspecto de una gran ciudad en la decadencia.

El punto más bonito es la plaza Mayor, ancha y rodeada de pórticos sostenidos por grandes columnas de granito azulado, sobre los cuales se levantan las casas, todas de tres pisos, guarnecidas de tres órdenes de espaciosos balcones, en los cuales se dice que estarían cómodamente sentadas veinticuatro mil personas. Los pórticos se extienden á ambos lados de una ancha calle que desemboca en la plaza, calle, que con otras dos ó tres, cercanas á la Mayor, son las más concurridas de la ciudad.

Era el día de mercado. Bajo los pórticos y por la plaza circulaba una muchedumbre de campesinos, hortelanos y mercaderes; y como en Valladolid se habla el castellano con admirable propiedad de forma y acento, híceme el tonto mirando los cestos de ensalada y los montones de naranjas, con el objeto de coger al vuelo la forma y el acento de tan hermoso idioma. Recuerdo, entre otros, un precioso proverbio que una mujer irridada dedicaba á un joven fanfarrón:

«—¿Sabe usted—le dijo mirándole á la cara,— qué es lo que destruye al hombre? Tres muchos y tres pocos: mucho hablar y poco saber; mucho gastar y poco tener; mucho presumir y nada valer».

Y me pareció advertir una notable diferencia entre el acento de aquella gente y el de los catalanes; más limpio y argentino aquí, con gestos más suaves y la expresión más viva. Con todo, no ofrecían particularidad alguna en la fisonomía y los colores, y se diferencian poco en el modo de vestir de nuestros pueblos del Norte.

En la plaza de Valladolid noté por primera vez, que desde que entré en España no había visto fumar en pipa.

Los trabajadores, los campesinos, los pobres, todos fuman el «cigarrito»; y en verdad que causa

risa ver á ciertos hombres atléticos y barbudos, ir de aquí para allá con aquel objeto microscópico en la boca, medio escondido entre los pelos, chupando con afán el último grano de tabaco, hasta que no queda más que una chispa moribunda sobre el labio inferior, y conservando allí aquellos restos cual si saboreasen una gota de licor, hasta que escupen las cenizas como si hicieran un sacrificio.

Y otra cosa noté que tuve ocasión de observar después durante el tiempo que permanecí en España: nunca oí silbar.

De la plaza Mayor, fuime directamente á la de San Pablo, sitio espacioso y alegre, en el cual se levanta el antiguo palacio de los Reyes.

La fachada no es notable ni por su grandiosidad ni por su belleza, y antes me inspiró tristeza el silencio que allí reinaba, que admiración la majestad del sitio.

No hay cosa que produzca una impresión tan parecida á la que causa un cementerio, como la vista de una morada regia abandonada, tal vez porque allí se produce más fuerte y vivo que en otra parte alguna, el contraste de lo que fué con lo que es. ¡Oh, magníficos cortejos de apuestos caballeros! ¡Oh, espléndidos banquetes! ¡Oh, goce febril de una prosperidad que parecía eterna!

Ante estos sepulcros vacíos, es un raro y desconocido gusto toser un poco, como hacen alguna vez los enfermos para probar la resistencia de sus pulmones, y oír como el eco repite nuestra robusta voz, dejándonos comprender que somos jóvenes y gozamos de buena salud.

En el interior del palacio hay un patio grandioso, rodeado de bustos de medio relieve, que representan á los emperadores romanos; una magnífica escalera y una espaciosa galería en el piso superior.

Tosí, y el eco me respondió:

—¡Buena salud gozamos, amigo!

Y me marché contento.

Un portero soñoliento me enseñó otro palacio

en la misma plaza, que no me había llamado la atención, y me dijo que en aquella morada había nacido «el gran rey Felipe II», de quien recibió Valladolid el título de ciudad.

—«¿Usted sabe?... Felipe II, hijo de Carlos V, padre de...»

«—Lo sé, lo sé—me apresuré á contestarle por salvar el «realito».

Y dando una siniestra mirada al siniestro palacio, me alejé de aquel sitio.

Frente al palacio real se levanta el convento de Dominicos de San Pablo. La fachada del edificio es de estilo gótico, sumamente rica, y tan recargada de estatuas, bajorelieves y adornos de todas clases, que con la mitad de ellos podría embellecerse un palacio. En aquel momento le daba el sol, y el efecto era magnífico.

Mientras contemplaba á mi sabor aquel laberinto de esculturas que atraen la mirada de un modo irresistible, un rapaz de siete á ocho años que se hallaba sentado en un ángulo lejano de la plaza, echó á correr hacia mí, disparado como una flecha, gritándome con voz afanosa y tierna:

«—¡Señorito! ¡señorito! ¡que le quiero á usted mucho!

—¡Esta sí que es buena!—dije para mi capote;—¡ya tenemos á los pobres haciéndonos declaraciones de amor!

Se me puso delante, y le pregunté:

«—¿Por qué me quieres?»

«—Porque usted me dará una limosnita»—me contestó con toda su franqueza.

«—¿Y por qué te la he de dar?»

«—Porque...»—respondió titubeando.

Pero luego, como quien acierta con un argumento incontestable, añadió, resuelto:

«—Porque tiene usted el libro».

¡La «Guía» que llevaba debajo del brazo! ¿No es cierto que es necesario viajar para oír cosas nuevas? Yo llevaba la «Guía»; la «Guía» la llevan los forasteros; los forasteros hacen limosna; lue-

go yo debía mostrarme liberal con el muchacho. Y todo esto, en lugar de decir: «¡Tengo hambre!»

El razonamiento me gustó, y puse en la mano del filósofo rapaz los pocos «cuartos» que encontré en mis bolsillos.

En una calle vecina vi la fachada del convento dominicano de San Gregorio, de estilo gótico puro, más rica y grandiosa que la de San Pablo.

Después, de calle en calle, salí á la plaza de la Catedral. Al entrar en la plaza topé con una graciosísima española, á quien se hubieran podido aplicar aquellos dos versos de Espronceda:

«Y que yo la he de querer  
Por su paso de andadura».

ó el nuestro «no era su andar cosa mortal», gracia suprema de las mujeres españolas. Su caminar resbaladizo, tiene las provocadoras ondulaciones de la serpiente que los ojos no pueden seguir una á una, ni retenerlas la memoria, ni expresarlas la pluma; pero que forman el conjunto más seductor de la mujer.

Me hallé perplejo; en el fondo de la plaza veía la gran mole de la Catedral, y la curiosidad me estimulaba á mirar aquella fábrica; veía también á pocos pasos de distancia aquella mujer encantadora, y una curiosidad no menos viva me obligaba á fijar los ojos en aquel pedazo de cielo; y no queriendo perder ni el primer golpe de vista de la iglesia ni la visión fugaz de la encantadora mujer, volaban mis ojos con tan afanosa curiosidad de la cúpula al rostro de la joven, y del rostro de ésta á la cúpula, que la bella desconocida creyó sin duda que yo había descubierto alguna analogía de líneas, ó alguna relación misteriosa de simpatía entre ella y el edificio, porque lo miró también, y al pasar por mi lado se sonrió.

La Catedral de Valladolid, aunque no terminada, es una de las Catedrales más grandes de España. Es una imponente masa de granito, que

produce en el alma del infiel un efecto semejante al que causa la iglesia del «Pilar» de Zaragoza.

Al penetrar en ella se vuela con el pensamiento á la Basílica de San Pedro; su arquitectura sencilla y grandiosa recibe del color obscuro de la piedra, como un reflejo de tristeza. Sus desnudas paredes, sus sombrías capillas, los arcos, los pilares, las puertas, todo es gigantesco y severo. Es una de aquellas Catedrales que hacen murmurar la plegaria con un sentimiento de terror secreto.

No había visto el Escorial todavía; pero él se me vino á la mente. Y en efecto, ambos edificios son obra del mismo arquitecto. La iglesia fué dejada sin terminar para dar comienzo á la construcción del convento, y sucede ahora que visitando éste, se recuerda aquélla.

A la derecha del altar mayor, en una pequeña capilla, se levanta la tumba de Pedro Anzures, señor y bienhechor de Valladolid; cuya propia espada se ve sobre el monumento.

Me hallaba solo en la iglesia, y oía resonar mis pasos; experimenté en aquel momento un frío tan intenso y un terror tan infantil, que volví la espalda á la tumba, y salí á la calle.

Una vez en ella, pregunté á un cura dónde estaba la casa que había habitado Cervantes. Díjome que en la calle del mismo nombre, indicándome hacia qué punto debía dirigirme. Díle las gracias; pregunté si era extranjero; le contesté que sí.

«—¿De Italia?»

«—De Italia».

Me miró de pies á cabeza, se quitó el sombrero y fuese calle arriba. Yo también eché á andar; pero en sentido opuesto, cuando de pronto me acudió una idea.

—Apuesto doble contra sencillo á que se ha parado por ver la facha de un carcelero del Papa.

Volví la cara, y en efecto, inmóvil estaba en la mitad de la calle, contemplándome atentamente. No pude contener la risa, aunque procuré disi-

mularla con un: «Beso á usted la mano», á cual saludo contestó el cura dándome «Los buenos días», y siguiendo luego su camino, no sin pensar de mí, con extrañeza seguramente, que por más que se trataba de un italiano no tenía yo tipo de un bribón.

Atravesé dos ó tres calles estrechas y silenciosas, y salí á la de Cervantes, larga, derecha y fangosa, con casas de mezquino aspecto. Anduve por ella un buen rato—sin encontrar más gente que soldados, «criadas» ó algún mulo,—buscando afanoso por las paredes la inscripción: «Aquí vivió Cervantes», etc., etc.; pero no di con ella.

Llegué hasta el extremo de la calle, que sale al campo; no había alma viviente. Miré alrededor, y decidí volverme por el mismo camino. Encontré un arriero, y le pregunté:

«—¿Dónde está la casa en que vivió Cervantes?»

Por toda respuesta le arrimó un palo al mulo y siguió adelante. Preguntéle después á un soldado, que me mandó á una tienda. En ésta preguntéle á una vieja que no me comprendió, pues creyendo sin duda que quería comprar el «Don Quijote», indicóme una librería. El librero que quería hacer su negocio y no sabía resolverse á decirme que no tenía noticia de la casa de Cervantes, me llenó los cascotes, hablándome de la vida y obras del «milagroso escritor»; en suma, que me marché sin haber visto la dichosa casa.

Y seguramente existirá memoria de aquella casa (que no busqué tal vez como debía), no sólo porque la habitó Cervantes, sino porque fué teatro de una escena que refieren todos los biógrafos del insigne escritor.

Poco tiempo después de haber nacido Felipe IV, cierta noche, un caballero de la Corte y un desconocido se trabaron de palabras, no se sabe por qué, y empuñando luego los aceros y tras una breve lucha cayó mortalmente herido el caballero. El desconocido echó á correr; pero el herido bañado en sangre llamó á una casa vecina en demanda de socorro. Vivían en la casa Cervantes

con su familia y la viuda de un renombrado cronista, con dos hijos. Uno de éstos salió, levantó del suelo al herido y llamó luego á Cervantes que se había acostado ya. Salió en seguida el autor del «Don Quijote» y ambos llevaron el herido á casa de la viuda. A los dos días murió el caballero. La justicia tomó cartas en el asunto, quiso descubrir la causa del desafío, se creyó que los combatientes hacían el amor á la hija ó sobrina de Cervantes, y toda la familia fué presa. Al poco tiempo se les puso en libertad y no se habló más del asunto. ¡Sólo esto le faltaba al pobre autor de «Don Quijote», para poder decir con razón, que había pasado por todos los sinsabores de la vida!

En aquella misma calle de Cervantes, fuí testigo feliz de una tierna escena, grata compensación del disgusto de no haber hallado la casa.

Al pasar por delante de una puerta, sorprendo al pie de una escalera, á una castellanita de unos doce ó trece años, hermosa como un ángel, que tenía un niño en brazos. No encuentro palabras bastante delicadas y gentiles para describir el acto que estaba ejecutando. Una infantil curiosidad por las dulzuras del amor materno la había tentado. Los botones de su almilla salían poco á poco de sus ojales, uno tras otro, bajo la presión de un dedo tembloroso. Se hallaba sola; no se percibía en la calle ni el rumor más leve; la niña escondió en el seno su blanca mano y se quedó un momento perpleja. Miró luego al niño y sintiendo renacer el valor, hizo un ligero esfuerzo con la mano escondida y sacó fuera lo que pudo. Entonces, entreabriendo los labios del niño con el índice y el medio, le dijo tiernamente: «Tómala», con la cara encendida y sonriéndole los ojos. Pero de pronto oyó mis pasos, lanzó un grito y escapó.

En lugar de la casa de Cervantes, hallé poco después la que fué cuna de don José Zorrilla, uno de los más gallardos poetas españoles de nuestra

época, que todavía vive, y á quien no debe confundirse, como hacen muchos en Italia, con el otro Zorrilla, jefe del partido radical, por más que éste tenga también bastante poesía en la mollera, prodigándola á manos llenas en sus discursos políticos, con acompañamiento de gritos y gestos furiosos.

Don Jose Zorrilla ocupa, á mi entender, en la literatura española, un sitio algo más elevado que Prati en las letras italianas; pero los dos tienen muchos puntos de contacto: el sentimiento religioso, la pasión, la fecundidad, la espontaneidad, y algo ardiente y vago que enardece la fantasía juvenil; y un modo de leer, según se dice, solemne y retumbante, aunque algo monótono, que vuelve locos á los españoles.

Creo que, respecto á forma, es más correcta la del poeta español; uno y otro son tal vez un poco prolijos; pero ambos tienen grandes alientos.

Son admirables, sobre todas las demás obras de Zorrilla, «Los cantos del Trovador», historias y leyendas llenas de dulcísimos versos amorios, y de descripciones de una verdad incomparable.

Ha escrito también para el teatro; su «Don Juan Tenorio», drama fantástico en versos octosílabos; es una de las obras dramáticas más populares en España. Se representa todos los años el día de difuntos, con grandísimo aparato, y el público corre al teatro como si se tratara de una fiesta. Algunos trozos de la lírica en que abunda el drama, corren de boca en boca, especialmente la decalración de amor de don Juan á la robada amante, que es sin duda de lo más suave, tierno y ardiente que haya salido de los labios de galán enamorado al desbordamiento impetuoso de la pasión. Desafío al más glacial de los hombres á que lea aquellos versos sin temblar; quizá aun es más potente la respuesta de la mujer.

«¡Don Juan, don Juan, yo lo imploro  
de tu hidalga compasión!

ó arráncame el corazón,  
ó ámame, porque te adoro!»

Haced que os diga estos versos una andaluza y comprenderéis que no miento; y de no seros esto posible, leed la balada que lleva por título «La Pasionaria», un poco larga, es cierto; pero llena en cambio de una ternura y melancolía que seducen. De mí sé deciros que no puedo recordarla sin que los ojos se me llenen de lágrimas. A todas horas veo á los dos enamorados, Aurora y Félix, cuando en el desierto campo, á la caída del sol, se alejan por opuestas sendas volviéndose á cada paso para dirigirse un saludo, sin que sus ojos se sacien de mirarse. Está escrita en versos «asonantes», como los llaman los españoles, sin rima, pero dispuestos y ordenados de tal modo, que la penúltima sílaba de cada verso par ó impar, sobre la cual cae el acento, tiene siempre la misma vocal. Es el modo más popular de versificar en España; así está escrito el «Romancero», y son muchos los que improvisan en este metro con maravillosa facilidad. Un extranjero, si no tiene á ello el oído acostumbrado, no puede comprender la armonía de esta clase de versos.

\*

«—¿Se puede ver el Museo de Pintura?»

—¿Por qué no, caballero?»

La portera me abrió la puerta del Colegio Mayor de Santa Cruz, y me acompañó hasta el interior del edificio.

Hay allí muchos cuadros; pero excepción hecha de algunos originales de Rubens, Mascagni, Cárdenas y Vicente Carducci, son los demás lienzos de muy escaso valor, recogidos en los conventos y colocados sin orden en la sala, en los corredores, en la escalera y en la misma galería. Con todo, es un Museo que deja en el alma una profunda impresión, muy parecida á la que se experimenta cuando se ve por la vez primera una

corrida de toros: tal es así que han transcurrido seis meses desde entonces y la siento tan viva aún, como si la hubiera recibido hace pocas horas.

Todo lo más triste, sanguinario y horrendo que ha brotado de la paleta de los pintores españoles, se encuentra allí reunido. Imaginaos repugnantes llagas, miembros mutilados, cabezas separadas del tronco, cuerpos extenuados, torturados, quemados, desgarrados con cuantos tormentos haya descrito Guerrazzi en sus novelas, ó la «Historia de la Inquisición», y no por ello tendréis una idea justa ni aproximada del Museo de Valladolid.

Pasáis de sala en sala, y sólo se ofrecen á vuestras miradas desencajados semblantes de moribundos, poseídos y verdugos, por todas partes sangre y más sangre, como si brotara de las paredes para salpicaros el rostro, por el estilo de Babette del Padre Bresciani, en las prisiones de Nápoles, aquel cúmulo de horrores bastaría por sí sólo á llenar todos los hospitales de un país. Al principio se experimenta un sentimiento de tristeza, después de disgusto, y por último, de indignación contra los artistas sanguinarios que han prostituído de tal modo el arte sublime de Rafael y Murillo.

El cuadro menos repulsivo que vi entre los muchos de aquel Museo, y aun este mismo cuadro de un «realismo» desapiadadamente español, representaba la Circuncisión del Señor, con todos los detalles de la operación y un círculo de espectadores inclinados é inmóviles, como estudiando la clínica quirúrgica en torno del profesor.

—«Vámonos, vámonos»—le dije á la cortés portera,—si me quedo aquí media hora más, saldré frito, despellejado, ó descuartizado por lo menos. ¿No puede usted enseñarme algo más alegre?

Hízome ver la Ascensión, de Rubens, grandioso cuadro de mucho efecto, que estaría divinamente en un altar mayor: una Virgen, majestuosa y resplandeciente que se eleva al cielo rodeada por todas partes de querubines, coronas de flores, alas blancas, cabecitas de oro y rayos encendidos; y todo

se mueve y agita, cual bandada de pájaros que fueran á remontar el vuelo y desaparecer de un momento á otro.

Pero estaba escrito que no había de salir del Museo bajo la impresión de aquella imagen agradable. La portera abrió una puerta, y me dijo riendo:

—Entre usted.

Entré; pero en seguida retrocedí asustado: parecióme que me había metido en un manicomio de gigantes. La sala estaba llena de colosales estatuas de madera pintada, representando todos los actores y comparsas del gran drama de la Pasión; soldados, carceleros, espectadores, cada uno con la ocupación propia de su oficio, éste en el momento de azotar, hiriendo aquél, leyendo el otro, escarneciendo el de más allá, con los horribles semblantes horrorosamente contraídos; las mujeres arrodilladas, Jesús clavado en una enorme cruz, los ladrones, la escalera, los instrumentos todos del suplicio; todo lo necesario, en una palabra, para representar la Pasión, como se hacía antes, en la plaza, con un grupo de aquellos colosos que debían ocupar el espacio de una casa. Y allí también llagas, cabellos empapados en sangre y heridas capaces de hacer temblar á cualquiera.

—¿Ve usted aquel judío?—me dijo la mujer enseñándome una de las estatuas, ó mejor dicho, un tipo patibulario que veo todavía en sueños de vez en cuando.—Pues aquel judío, cuando se representaba la Pasión en la plaza pública, fué necesario quitarlo del grupo, tan feo es; el pueblo, que lo odiaba á muerte, quería hacerlo pedazos, y como á los guardias les costaba mucho trabajo evitar que se pasara de las amenazas á los hechos, se prescindió, por fin, de la cooperación del judío.

Hermosísima me pareció una Virgen (no sé si de Berruguete, Juan de Juanes, ó Hernández, porque hay estatuas de los tres), arrodillada, juntas las manos y la mirada al cielo, con tal expresión

de desesperado dolor, que mueve á lástima como si fuera un sér viviente, porque en realidad, á poca distancia, parece una estatua animada; tanto es así, que al verla de repente, no es posible evitar una exclamación de sorpresa.

—«Los ingleses—me dijo la portera (porque los «cicerones» se sirven de los juicios de los ingleses para expresar sus opiniones, apropiándose á veces las ideas más extravagantes),—los ingleses dicen que no le falta más que el habla».

Me conformé de buen grado con el parecer de los ingleses; díle á la portera los acostumbrados «reales», y salí de allí, llena la cabeza de imágenes sangrientas. Al hallarme en la calle, saludé el alegre cielo con inusitado placer, cual estudiante novicio al dejar la sala anatómica que ha visitado por vez primera.

Vi después el hermoso palacio de la Universidad, «la plaza del Campo Grande», donde la Santa Inquisición encendía sus hogueras, ancha y alegre, rodeada de quince conventos y algunas iglesias adornadas con pinturas, y cuando noté que los recuerdos de todo lo visto se confundían en mi mente, me metí la «Guía» en el bolsillo, y dirigí mis pasos hacia la Plaza Mayor.

Lo mismo hice en las demás ciudades. Cuando la imaginación se halla cansada, quererla forzar por el afán pedantesco de no faltar á la «Guía», será una hermosa prueba de constancia; pero es también un esfuerzo de poco fruto para el que viaja con el deseo de contar después sus impresiones. Ya que es imposible recordarlo todo, vale mucho más no confundir la memoria de las cosas principales, con una nube de recuerdos vagos de cosas de menor cuantía. A más de que no se conserva nunca grato recuerdo de una ciudad que sólo ha servido para llenaros los cascos sin provecho alguno.

Queriendo ver el aspecto que de noche ofrecía la ciudad, fuíme á pasear por los pórticos, cuyas tiendas empezaban á iluminarse. Era aquello un continuo vaivén de soldados, estudiantes y mu-

chachas, que desaparecían bajo las arcadas, daban vueltas alrededor de las columnas, se escurrían de un lado para otro, escapando á las manos atrevidas de sus perseguidores, envueltos en sus anchas capas; y bandadas de muchachos que cruzaban la plaza, ensordeciendo los oídos con sus gritos estridentes. Por todas partes, grupos de «caballeros», en los cuales se oían los nombres de Serrano, Sagasta y Amadeo, alternando con las palabras «justicia, libertad, traición, honra de España» y otras semejantes.

Entré en un gran café, lleno á la sazón de estudiantes, y satisface, como diría algún escritor selecto, mi natural apetito, comiendo y bebiendo lo menester. Mas como ardía en deseos de charlar un poco, vi á dos estudiantes que tomaban café con leche en una mesa contigua, y sin preámbulos, dirigí la palabra á uno de ellos, cosa muy natural en España, donde podéis estar seguros de que no quedaréis sin cortés respuesta. Los dos estudiantes se me aproximaron, y fácil es adivinar de qué se habló: Italia, Amadeo, Universidad, Cervantes, andaluzas, toros, viajes, Dante; en resumen, una excursión al mapa, á la historia literaria y á las costumbres de los dos países; después un vaso de vino de Málaga y un apretón de manos, signo de afectuosa amistad.

¡Oh, «caballeros» de buena voluntad, concurrentes de todos los cafés, mis comensales de todas las mesas redondas, vecinos de butacas en todos los teatros, compañeros de viaje en todos los ferrocarriles de España, vosotros, que tantas veces, movidos de generosa lástima hacia un extranjero desconocido, á quien veáis leer con tristes ojos el «Indicador de los Ferrocarriles» ó «La Correspondencia de España», pensando en su familia, en sus amigos, en la lejana patria, le habéis ofrecido con amable espontaneidad el «cigarrito» y sostenido con él una conversación que rompía el curso de sus melancólicos pensamientos, poniéndole alegre y sereno, yo os doy las gracias, «caballeros», de grata memoria, ya seáis carlistas.

CAPITULO ALFONSO  
 CAPITULO ALFONSO  
 CAPITULO ALFONSO



alfonsinos, amadeístas, ó liberales! ¡Si! Yo os doy las gracias desde el fondo del alma, en nombre de todos los italianos que han viajado ó viajarán por vuestro querido país, y juro, por el libro eterno de Miguel Cervantes, que siempre que oiga acusaros de ánimo feroz ó de costumbres salvajes por vuestros archicivilizados hermanos europeos, saldré en vuestra defensa con el ímpetu de un andaluz ó la tenacidad de un catalán, gritando con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Viva la hospitalidad!

Pocas horas después me hallaba en un vagón del tren de Madrid, y aun duraba el silbido de la locomotora, cuando me di una palmada en la frente. ¡Ay de mí! era tarde. ¡Me había olvidado de visitar en Valladolid la casa donde murió Cristóbal Colón.

## IV

## MADRID

Era ya de día, cuando uno de mis compañeros de viaje me gritó al oído:

—¡Caballero!

—¿Nos hallamos ya en Madrid?—le pregunté, despertando.

—Todavía no—me contestó;—pero mire usted.

Miré hacia la campiña, y vi, como á media milla de distancia, en la falda de un monte, el monasterio del Escorial, iluminado por los primeros rayos del sol.

*Le plus grand tas de granit qui existe sur la terre,* como ha dicho un viajero ilustre, no me pareció, á primera vista, el inmenso edificio que el pueblo español considera como la octava maravilla del mundo.

No obstante lancé un: «¡Oh!» como los demás viajeros que por primera vez lo veían, reservando toda mi admiración para el día en que le viera con toda calma y sosiego.

Del Escorial á Madrid el ferrocarril atraviesa una árida llanura, que recuerda la de Roma.

—¿Usted no ha estado en Madrid?—me preguntó mi vecino.

Le contesté que no.

—¡Parece imposible!—replicó el buen español, mirándome con aire de curiosidad como dicién-